

PELIGRO MORTAL

Yo sólo soy una espada bien afilada contra las fuerzas infernales. ¡Que no resbale, Señor, de tus manos!

La frase transcripta define como ninguna al gran luchador y testigo de nuestro tiempo Aleksandr I. Solzhenitsyn. *Gladius* se complace en publicar —en sucesivas entregas, por razones de espacio— este trabajo, para lo cual fuera especialmente autorizada por el autor*.

FUNDACIÓN

CAPÍTULO I

DOS FALACIAS ACERCA DEL COMUNISMO

Cualquiera que no esté completamente enceguecido por sus propias ilusiones tiene que reconocer que Occidente se encuentra hoy en una crisis, tal vez incluso en peligro mortal. Se podría apuntar hacia numerosas causas en particular o rastrear las etapas recorridas en los últimos sesenta años que han llevado las cosas a este punto.

No me ocupo aquí de aquellos que valoran, glorifican y defienden al comunismo, aún hoy en día. A tales personas no tengo nada que decirles. Pero hay muchos otros que están concientes de que el comunismo es un mal y una amenaza para el mundo, pero que, aún así, no han comprendido su naturaleza implacable. Y tales individuos, en su condición de asesores y líderes políticos están ahora mismo incurriendo en nuevos desaciertos que, inevitablemente, tendrán repercusiones fatales en el futuro.

* Aleksandr I. Solzhenitsyn, *The Mortal Danger*, New York, Harper & Row Publishers, 1980. Originalmente publicado en la revista *Foreign Affairs*, vol. 58, Nº 4, Primavera de 1980, bajo el título de "Misconceptions about Russia Are a Threat to America".

Las notas transcriptas son del traductor al inglés.

Son especialmente comunes dos errores. El primero es la incapacidad para comprender la radical hostilidad del comunismo hacia la humanidad en un todo... la incapacidad de entender que el comunismo no tiene redención posible, de que no existen variantes "mejores" del comunismo, de que es imposible que se vuelva más benevolente, que no puede sobrevivir como ideología sin recurrir al terror, y que, en consecuencia, es utópica la coexistencia con él en un mismo planeta. Las alternativas son dos: o el comunismo se extiende como un cáncer y destruye al género humano, o, por el contrario, la humanidad deberá deshacerse de él (y aún entonces habrá que enfrentar un largo tratamiento para los tumores secundarios).

El segundo error que prevalece igualmente es el de dar por sentado que existe un vínculo indisoluble entre esta peste universal que es el comunismo y el país donde accedió al poder por primera vez: Rusia. Este error distorsiona nuestra percepción de la amenaza y paraliza todos los intentos de reaccionar sensatamente, lo que deja a Occidente desarmado. Este malentendido está repleto de trágicas consecuencias, pone en peligro a todas y cada una de las Naciones, no menos a los americanos que a los rusos. No habrá que esperar la llegada de nuevas generaciones para comenzar a oír las maldiciones que se proferirán contra aquellos que han sembrado estos equívocos en la conciencia pública.

He hablado y escrito con alguna extensión sobre el primero de estos malentendidos y al hacerlo he suscitado considerable escepticismo en Occidente, pero pareciera que, con el paso del tiempo y la asimilación de las lecciones de la historia, va incrementándose el consenso general en torno a estas ideas.

El presente ensayo versa principalmente sobre la segunda de estas falacias.

CAPÍTULO II

RUSIA Y LA U. R. S. S.

Como para empezar, tenemos esta costumbre de utilizar con negligencia e inadecuadamente las palabras "Rusia" y "Ruso" en lugar de "U. R. S. S." y "Soviético". (Aún más: existe un prejuicio emocional muy persistente contra los primeros términos: "Tanques rusos entraron en Praga", "imperialismo ruso", "nunca confíe en los rusos"; en contraste con "los éxitos soviéticos en el espacio" y "triumfos del ballet soviético"). Sin embargo debiera estar muy en claro que estos términos no sólo se oponen sino que son términos *enemigos*. "Rusia" es a la U. R. S. S.

lo que un hombre a la peste que lo aflige. Después de todo, no solemos confundir a un hombre con su enfermedad; no nos referimos a él por el nombre de la enfermedad que lo aqueja ni lo maldecimos por ella. Después de 1917, el Estado como un todo funcional —el país con su gobierno, política y fuerzas armadas— no puede seguir siendo llamado “Rusia”. Es inapropiado designar a las actuales autoridades como “Rusas”, ni a su Ejército, ni a sus futuros éxitos militares y regímenes de ocupación a lo largo y a lo ancho del mundo, aún cuando la lengua oficial en cada caso pueda ser el ruso. (Esto es igualmente aplicable a los casos de China y Viet-Nam, aún cuando en esos casos no existe un equivalente del término “Soviet”). Cierta diplomático americano exclamó recientemente: “¡Que el corazón ruso de Brezhnev sea arrastrado por un americano pacifista!”. ¡Mal dicho! Debiera haber dicho “corazón soviético”. La nacionalidad no sólo se determina por los orígenes que uno puede tener sino también por la dirección de nuestras lealtades y afectos. Un Brezhnev que ha cohonestado la ruina de su pueblo en beneficio de intereses ajenos a su país, no tiene un corazón ruso. Todo lo que han hecho los de su raza —destruir el estilo de vida nacional y contaminar su naturaleza, profanar los lugares santos y los monumentos nacionales, mantener al pueblo en pobreza y hambre durante los últimos sesenta años— muestra que los líderes comunistas son ajenos al pueblo e indiferentes a sus sufrimientos. (Esto es igualmente cierto del feroz Khmer Rojo, del funcionario polaco posiblemente criado por una madre católica, del joven activista comunista celador de un grupo de famélicos “coolies”, o del estólido George Marchais con su aspecto Kremliniano; cada uno de ellos ha dado la espalda a su nacionalidad para abrazar la inhumanidad).

A los efectos de un uso adecuado de la palabra en la actualidad, “Rusia” sólo podría emplearse para designar a un pueblo oprimido al que se le niega la posibilidad de actuar con entidad propia, o para denotar la supresión de su conciencia nacional, religión o cultura. O, de otro modo, para apuntar hacia una nación futura liberada del comunismo.

No existía semejante confusión en los años 1920 cuando la opinión occidental exultaba con el bolcheviquismo: entonces el objeto de su entusiasmo se designaba con el término “Soviético”, sin vueltas. Durante los trágicos años de la Segunda Guerra Mundial, los conceptos de “Rusia” y “Soviet” parecen haberse confundido a los ojos del mundo (un error cruel que se discute más adelante). Y con el advenimiento de la guerra fría, las animosidades creadas fueron dirigidas principalmente hacia la palabra “Ruso”. Los efectos se sienten hasta hoy; de hecho, en años recientes, nuevas y amargas acusaciones se han dirigido contra todo lo que pudiera ser “Ruso”.

CAPÍTULO III

LA DOCTA IGNORANCIA

El lector americano recibe su información y forma su entendimiento acerca de la Historia Rusa tomando principalmente sus conocimientos de las siguientes fuentes: Investigadores americanos (historiadores o eslavistas), diplomáticos americanos, corresponsales americanos en Moscú y emigrados recientes de la U. R. S. S. (no incluyo la propaganda soviética a la cual últimamente se le da menos credibilidad, o a la impresión de los turistas, que, gracias a los habilidosos esfuerzos de "Intourist" permanecen en una general superficialidad).

Cuando el investigador americano se ve confrontado con la pobreza de las fuentes soviéticas y su distorsión marxista, entonces, pese a su aparente independencia de criterio y amplitud de miras, frecuentemente y con toda inadvertencia adopta el cuadro de situación rígido y cerrado de la historiografía oficial Soviética y, bajo la ilusión de llevar a cabo una investigación independiente, de manera involuntaria viene a repetir la aproximación y aún a veces la metodología soviética de investigación, de modo que se evita prolijamente ciertos tópicos cuidadosamente silenciados.

Bastaría recordar aquí que hasta hace muy poco la existencia misma del Archipiélago Gulag, su inhumana crueldad, su envergadura, su duración y la fenomenal cantidad de muertes que engendró, no era reconocido por los eruditos occidentales. Para tomar un ejemplo aún más extremo, los poderosos alzamientos de resistencia popular espontáneos que se desarrollaron contra el comunismo entre los años 1918 y 1922 han sido completamente ignorados por los investigadores occidentales, y donde se tomó nota de ellos, se los ha designado como "bandolerismo", en consonancia con la charlatanería soviética (por ejemplo la de Moshe Lewin)¹. En las evaluaciones panorámicas de la Historia Soviética todavía encontramos los entusiasmos con que la opinión pública progresista de Europa acogía "el amanecer de una nueva vida", mientras el terrorismo y la destrucción de los años 1917-1921 llegaba a su cenit. Incluso hoy en día muchos académicos americanos hablan seriamente de "los ideales de la revolución", cuando lo cierto es que estos "ideales" se manifestaron desde un principio con el asesinato de millones de personas. Tampoco el pasado distante de Rusia ha dejado de sufrir los efectos

¹ Se refiere a la recensión hecha por Lewin a un libro de Oliver H. Radkey, *The Unknown Civil War in Soviet Russia: A Study of the Green Movement in the Tambov Region, 1920-1921*, in *Slavic Review*, 36, 4, Dic. 1977, pp. 682-683.

distorsivos del pensamiento radical de Occidente. En años recientes, la erudición americana se ha visto muy notablemente dominada por una aproximación simplista y reduccionista que consiste en explicar los acontecimientos —únicos en su género— del siglo veinte, primero en Rusia y luego en otras tierras, como consecuencias de ciertas características peculiares de la nación rusa, establecidos genéticamente en algún siglo remoto, y no como algo exclusivo del comunismo, no como un fenómeno sin precedentes en la historia de la humanidad. Esto no es sino racismo. Los acontecimientos del siglo veinte son explicados con analogías *endebles... y superficiales* tomadas del pasado. Mientras que el comunismo era todavía objeto de la infatuación de Occidente, se lo consideraba como la indiscutible alborada de una nueva era. Pero ahora que el comunismo ha tenido que ser condenado, se lo adscribe a cierta no sé qué mentalidad ancestral eslavo-rusa.

Esta interpretación goza de gran prestigio desde que resulta tan ventajosa para tanta gente: si los vicios y crímenes del comunismo no le son inherentes, pero sí pueden atribuirse a las tradiciones de la Vieja Rusia, se sigue entonces que no existe ninguna amenaza fundamental para Occidente; se conservan intactas las rosadas visiones de los pacifistas de la *detente*, junto con el comercio y aún la amistad con los países comunistas, asegurándose así un continuo confort y seguridad para Occidente. Los comunistas de Occidente se ven libres de incriminación y sospecha (“ellos harán un trabajo mejor; el suyo será un comunismo realmente bueno”) y se libran de su pesada carga de conciencia todos aquellos liberales que prestaron tanto entusiasmo y asistencia a este sangriento régimen en el pasado.

Los investigadores de convicciones semejantes, refieren la Historia de la Vieja Rusia de esta manera dogmática. Se permiten la más arbitraria selección de los fenómenos, hechos y personas, y admiten versiones muy poco confiables o simplemente falsas. Más increíble aún es el completo olvido en que dejan la historia espiritual de un país que ha existido durante mil años, como si (y claro, así argumentan los marxistas) no tuviera nada que ver con el curso material de la historia. Respetar las facetas distintivas de una cultura se considera esencial cuando se trata de China, Tailandia o algún país africano. Pero cuando llegamos a mil años de Cristiandad Oriental en Rusia, los investigadores occidentales en su gran mayoría sólo sienten desprecio y asombro: ¿por qué razón este mundo extraño, un continente entero, persistentemente se negó a aceptar la manera occidental de ver las cosas? ¿Por qué se negó a seguir el camino manifiestamente superior de la Sociedad Occidental? Se condena a Rusia categó-

ricamente por cada una de las facetas que la distinguen de Occidente.

Un libro de Richard Pipes, *Russia Under the old Regime*², puede ser considerado arquetípico por sus largas consideraciones que distorsionan la imagen de Rusia. Pipes muestra un completo desprecio por la vida espiritual y cosmovisión cristiana del pueblo ruso. Examina siglos enteros de la historia rusa sin hacer referencia ninguna a la Iglesia Ortodoxa Rusa y sus principales protagonistas (basta señalar que San Sergio de Radonezh, cuya influencia sobre la vida política y espiritual de Rusia fue decisiva durante siglos enteros, no ha sido mencionado ni una vez en su libro, en tanto que presenta a Nil Sorsky como un personaje anecdótico en esa misma historia)³. Así, en lugar de mostrar a la Nación como un todo viviente, asistimos a la disección de un cadáver. Es verdad que Pipes dedica un capítulo a la Iglesia en sí, pero la ve como una institución civil más y la trata con el espíritu ateo de la propaganda soviética. Este pueblo y este país son presentados como espiritualmente subdesarrollados y, desde el paisano hasta el Zar, todos motivados por razones exclusivamente materialistas, sin consideraciones de otro tipo. Aún las secciones dedicadas a temas particulares carecen de una semblanza lógica y convincente de la historia, tratándose solamente de un rejunte caótico de episodios y épocas de distintos siglos, frecuentemente sin la mención siquiera de una fecha. El autor ignora olímpicamente los acontecimientos, personas o aspectos de la vida rusa que no se muestran conducentes para su tesis que consiste en que la historia rusa en su totalidad tiene un sólo propósito: la creación de un estado policial. Selecciona sólo aquello que contribuye a su irrisoria y abiertamente hostil descripción de la historia y pueblo rusos. El libro desemboca en una sola conclusión posible: la Nación Rusa es esencialmente anti-humana, ha sido un país bueno-para-nada a lo largo de sus mil años de historia, y en lo que concierne a su futuro, se trata obviamente de un caso perdido. Incluso, Pipes le endilga al Emperador Nicolás I la distinción de haber inventado el totalitarismo. Dejando de lado el hecho de que el totalitarismo jamás se implementó realmente hasta Lenin, Mr. Pipes, con toda su erudición, debiera haber señalado que la idea de un estado totalitario fue formulada en primer lugar por Hobbes en su

² New York, Charles Scribner's Sons, 1974, 361 pp.

³ Sergio de Radonezh (1314-1392), tal vez el santo ruso más amado, combinó la espiritualidad mística con un interés concreto por la nación rusa. En 1380 dio su bendición a Dmitri, Príncipe de Moscú, para pelear en una batalla que resultó ser la primera victoria decisiva rusa sobre el ocupante Mongol. San Nilo de Sora (1433-1508) representa la tradición mística y contemplativa del monaquismo oriental. Sostenía que la Iglesia y el Estado debían ser independientes el uno del otro.

Leviatán (libro donde se sostiene que la cabeza de estado ha de tener entero dominio no sólo sobre la vida y la propiedad de los ciudadanos, sino también sobre sus *conciencias*). Y no puede negarse que Rousseau también tenía inclinaciones en este mismo sentido cuando dice que el estado democrático tiene “soberanía ilimitada” no sólo sobre las posesiones de los ciudadanos, sino también sobre sus *personas*.

En mi condición de escritor que se ha pasado la vida sumergido en el lenguaje y folklore rusos, me duele muy en particular una de las técnicas “académicas” de Pipes. Extrae de entre unos cuarenta mil proverbios rusos —que en su unidad y contradicciones internas conforman un edificio literario y filosófico verdaderamente deslumbrante— aquella media docena que le viene bien para “demostrar” el natural cruel y cínico del campesinado ruso (selección tendenciosa, muy a la manera de Maxim Gorky). Este método me afecta de manera muy parecida a lo que imagino sufriría Rotropovich si tuviera que oír a un lobo tocando el cello.

Hay dos nombres que se repiten de libro a libro y de artículo a artículo con una persistencia incommovible de parte de los investigadores y ensayistas de esta tendencia: Iván el Terrible y Pedro el Grande, a los cuales —de manera explícita o no— reducen el sentido todo de la historia rusa. Y sin embargo, uno podría encontrar con idéntica facilidad a dos o tres reyes, no menos crueles en las historias de Inglaterra, Francia o España, o en verdad de cualquier país, y a nadie se le ocurre reducir las complejidades de la historia a sólo esas figuras. Y en cualquier caso es imposible que dos monarcas determinen la historia milenaria de una Nación. Pero las muletillas se perpetúan. Algunos investigadores utilizan esta técnica para demostrar que el comunismo sólo es posible en los países con una historia “moralmente deficiente”, otros para remover el estigma mismo del comunismo, culpando a las características nacionales rusas de su incorrecta implementación. Semejante punto de vista fue expuesto en una serie de artículos recientemente publicados con ocasión del centenario del nacimiento de Stalin; por ejemplo, en una pieza del Profesor Robert C. Tucker (*The New York Times*, 21 de diciembre de 1979).

El breve pero vigoroso artículo de Tucker es asombroso: ¡por cierto que parece haber sido escrito hace veinticinco años atrás! ¿Cómo puede un académico y estudioso de la política, desconocer hasta el día de hoy y de manera tan fundamental el fenómeno del comunismo? Una vez más, nos vemos confrontados con esos conocidos y siempre patentes ideales de la revolución, que el despreciable Sr. Stalin arruinó por ignorar a Marx, optando en cambio por las abominables lecciones del pasado ruso.

El Profesor Tucker se apresura a rescatar el socialismo sugiriendo que Stalin, después de todo, ¡no era un socialista *genuino*! No actuó de acuerdo a las teorías marxistas, sino que marchó a la zaga de la cansadora pareja, Iván el Terrible del siglo dieciséis y Pedro el Grande del dieciocho. Se nos pide que creamos que toda la era stalinista fue una *reversión radical* a la época zarista y que en modo alguno significó la aplicación coherente del marxismo a las realidades contemporáneas; por el contrario, hemos de creer que Stalin no llevó adelante la causa bolchevique, sino que —muy por el contrario— contribuyó a su destrucción. Un elemental sentido de la modestia me impide solicitarle al Profesor Tucker que se moleste en leer aunque más no sea el primer volumen de mi *Archipiélago Gulag*, y, de ser posible, la obra completa. Pero quizás eso le refrescaría la memoria sobre cómo el aparato policial comunista que eventualmente terminaría moliendo a unas sesenta millones de víctimas, fue montado por Lenín, Trotsky, y Dzerzhinsky, en primer término en forma de Cheka que tenía autoridad ilimitada para ejecutar a quien quisiera, sin juicio ninguno; sobre cómo Lenín proyectó con su propia pluma el artículo 58 del Código Penal sobre cuya base el Gulag de Stalin se asentaba⁴, y cómo todo el terror rojo y la represión de millones de campesinos fueron diseñados por Lenín y Trotsky. Por lo menos *estas* instrucciones sí que fueron cuidadosamente ejecutadas por Stalin, aunque más no fuera hasta donde llegaban sus limitadas entendederas. El único aspecto en el que Stalin se animó a apartarse de Lenín fue en la destrucción que efectuó del liderazgo del Partido Comunista con el objeto de fortalecer su propio poder. Pero aún en este caso sólo estaba protagonizando y actuando una de esas leyes universales de todas las grandes revoluciones sangrientas por la que éstas invariablemente devoran a sus propios creadores. En la Unión Soviética se solía decir con muy buenas razones que “Stalin es el Lenín de hoy”, y efectivamente el período entero de Stalin fue una continuación directa de la era de Lenín, sólo que más maduro en términos de resultados y de su largo e ininterrumpido desarrollo. Jamás existió ningún tipo de “stalinismo”, ni en la teoría, ni en la práctica; no hubo tal fenómeno ni existió tal era. Se trata de un concepto inventado después de 1955 por intelectuales de la Izquierda Europea que trataban de salvar los “ideales” del comunismo. Sólo por alguna perversa ficción de la imaginación puede uno llamarlo a Stalin “Nacionalista Ruso”... esto, del hombre que exterminó a quince millones del mejor campesinado ruso, del hombre que quebró la espalda del campesinado ruso, y, por tanto, de Rusia en sí misma, y quien sacrificara la vida de

⁴ Para la contribución de Lenín al proyecto del Código Criminal, véase el *Archipiélago Gulag*.

treinta millones de personas durante la Segunda Guerra Mundial que llevó adelante sin pensar siquiera en medios menos gravosos y sin que le importara la inmensa cantidad de vidas humanas perdidas.

¿Qué modelo pudo haber visto Stalin en la Rusia zarista, como quiere el Profesor Toker? No había campos de concentración; la idea era desconocida. Eran muy escasos los cautiverios largos y, con la excepción de los terroristas extremistas, pero incluyendo a los bolcheviques, todos los presos políticos eran exiliados en lugares donde eran bien alimentados y cuidados a expensas del estado, donde no se les obligaba a trabajar, y de donde podían escaparse al extranjero con toda facilidad. Pero aún si consideramos el número de presos no-políticos que tenían trabajo forzado por aquellos días, nos encontramos con que no llega esa cifra a una milésima de las víctimas del Gulag. Todas las investigaciones criminales se llevaban a cabo en estricto cumplimiento de la ley, todos los tribunales eran públicos y los acusados tenían defensor acreditado ante la ley. El número de agentes de la policía secreta en todo el país era inferior al que actualmente podemos encontrar de la KGB... ;contando solamente a los del distrito de Ryazan! Sólo se encontraban Departamentos de la Policía Secreta en las tres ciudades más grandes del país y aún allí la vigilancia era débil, y cualquiera podía abandonar la Ciudad sin ser observado. En el Ejército no existía ningún tipo de servicio secreto o de vigilancia (lo que facilitó grandemente la Revolución de Febrero) por cuanto Nicolás II consideraba que cualquier actividad semejante era un insulto para su ejército. A esto podemos agregar la ausencia de tropas especiales de frontera, las cuales no estaban fortificadas, y la libertad más completa para emigrar.

En su presentación de la Rusia pre-revolucionaria, muchos historiadores occidentales sucumben a una persistente pero falaz tradición, haciéndose eco hasta cierto punto de las argumentaciones de la propaganda soviética. Antes de la guerra de 1914, Rusia podía jactarse de una floreciente industria manufacturera, un crecimiento veloz, y una economía flexible y descentralizada; sus habitantes no se veían constreñidos en la elección del tipo de actividad económica a la que se querían dedicar, se verificaba un marcado progreso en la legislación del trabajo y el buen pasar del campesinado estaba en un nivel que nunca alcanzó el régimen soviético. Los diarios no sufrían censura previa (aún durante la guerra), existía la más completa libertad cultural, la "intelligentsia" no se veía restringida en su actividad, las opiniones religiosas y filosóficas más variadas eran toleradas, y las instituciones educativas de tercer grado tenían una autonomía inviolable. Rusia, con sus muchas nacionalidades, no conocía

deportaciones de pueblos enteros, ni la existencia de movimientos separatistas armados. No se trata de que el cuadro que describimos sea diferente al de la era comunista: sino que en cada uno de sus respectos es su misma antítesis. Alejandro I llegó incluso a desfilar con sus tropas en París, pero no anexó ni un centímetro de tierra europea. Los conquistadores soviéticos jamás se retiran, pero aún así se los ve como fenómenos similares o afines. La "mala" Rusia de antaño jamás se inclinó con aire animoso sobre Europa, mucho menos sobre América o Africa. Exportaba trigo y manteca y no instructores para el terrorismo. Y se derrumbó por su lealtad a los aliados europeos, cuando Nicolás II prolongó su insensata guerra contra Wilhelm en lugar de salvar a su país celebrando una paz por separado (como lo hace Sadat hoy). La animosidad occidental hacia la Rusia de antaño fue fruto de la prédica de los revolucionarios rusos emigrados que difundían opiniones simplistas y crudas inspiradas en sus pasiones políticas; éstas nunca fueron refutadas desde Rusia por cuanto nadie conocía allí el rol de la "agitación y propaganda". Cuando, por ejemplo, los trágicos eventos del 9 de enero de 1905 durante una demostración en San Petersburgo culminaron en la muerte de un centenar de personas (nadie fue arrestado), se llegó a considerar este episodio como un estigma irrefragable, una vergüenza que caracteriza ampliamente a Rusia. Sin embargo, no se le reprocha constantemente a la Unión Soviética por lo ocurrido el 17 de junio de 1953 cuando seiscientas personas fueron asesinadas a sangre fría en tanto que otras cincuenta mil fueron arrestadas. En verdad, semejantes episodios parecen inspirar respeto por la solidez del régimen soviético: "Debemos encontrar un lenguaje común".

De algún modo a lo largo de los años ha caído en olvido la amistad que existía entre Rusia y la joven, recientemente formada Nación de los Estados Unidos. Esto, en el siglo XVIII. Desde comienzos del siglo XX la hostilidad hacia Rusia ha ido ganando terreno y estamos viendo sus consecuencias. Pero hoy se trata de mucho más que de meros sentimientos más o menos difusos: esta hostilidad amenaza con llevarnos a un error fatal.

CAPÍTULO IV

DESINFORMACION POR LOS INFORMANTES

Después de semejantes falencias en los académicos americanos para entender a Rusia y a la U. R. S. S., no sorprenden tanto los disparates de los políticos. Aunque es evidente que son hombres de acción, sus cabezas están a merced de las teorías

predominantes mientras que sus manos están atadas por las exigencias del momento.

Sólo la combinación de esos factores puede explicar la notoria resolución sobre las "naciones cautivas" (Ley Pública 86-90) sancionada por el Congreso de los E. E. U. U. el 17 de julio de 1959 y que fuera subsiguientemente renovada: el culpable a todas luces manifiesto, la U. R. S. S., no es mencionado en ninguna parte; el comunismo mundial es designado como "Ruso"; Rusia es acusada de haber sojuzgado a China continental y al Tibet y los rusos no figuran como Nación oprimida (en tanto que sí figuran otras inexistentes como "Ural-Idel" y "Cossackia").

Pero los malentendidos e ignorancia rebasan con mucho esta resolución.

Muchos diplomáticos de hoy y de ayer han usado de su función y autoridad para ayudar a encapsular al comunismo en una peligrosa nube de vaporosos argumentos e ilusiones. Buena parte de esta herencia proviene de los diplomáticos de la escuela de Roosevelt, tales como Averell Harriman, quien hasta el día de hoy continúa sosteniendo ante el crédulo público norteamericano que los gobernantes del Kremlin son en realidad hombres amantes de la paz, sólo que muy preocupados y conmovidos por los sufrimientos que tuvo que padecer el pueblo soviético cuando la segunda guerra mundial. (Baste con recordar aquí que los Tártaros de Crimea no pueden volver a sus tierras por hallarse en los territorios de caza de Brezhnev).

Lo cierto es que los gobernantes del Kremlin son inconmensurablemente indiferentes y distantes del pueblo ruso, un pueblo al que han explotado a un punto de cuasi-extinción y al que llevarían a la destrucción por millones, sin misericordia ninguna, si fuera necesario.

A través de sus ensayos, afirmaciones en público y consejos, todos los cuales tienen raíz en sus presuntos conocimientos profundos de la vida soviética, George Kennan ha tenido durante años una nefasta y profunda influencia sobre el estilo y dirección de la política exterior americana. Es uno de los más tozudos entre los arquitectos que construyeron el mito de los "moderados" del Politburó, pese a que los tales moderados no han revelado jamás el menor indicio de existir siquiera. Siempre nos está urgiendo a prestar mayor atención a los discursos de los líderes soviéticos y encuentra inconcebible —aún hoy en día— que pueda haber quien desconfíe de Brezhnev y sus vigorosos descargos en el sentido de que carece de intenciones agresivas. Prefiere asignar un sesgo tal a la invasión de Afganistán, que denomina "impulsos defensivos" de los líderes del Soviet. Muchos de los diplomáticos occidentales han dejado de lado los análisis

minuciosos en favor de ilusos espejismos, como se ve claramente en un veterano de la política como Willy Brandt cuya *Ostpolitik* es verdaderamente suicida para Alemania. Sin embargo, son esas aventuras ruinosas las que granjean el Premio Nobel de la Paz para sus protagonistas ⁵.

Señalo aquí una tendencia que podría denominarse “el síndrome de Kissinger” aunque no sea de su exclusivo patrimonio, en modo alguno. Tales personajes, mientras desempeñan funciones caracterizadas, sostienen una política pacifista y capituladora que tarde o temprano costará muchos años y muchas vidas a Occidente. Pero en cuanto se retiran, se les caen las escamas de los ojos y comienzan a pregonar firmeza y resolución en las medidas a tomar. ¿Cómo puede ser semejante cosa? ¿Qué ha causado un cambio tan súbito? ¿La iluminación de sus entendaderas no podría ser tan repentina! ¿No podríamos dar por sentado que, si bien están muy concientes del verdadero estado de las cosas, mientras están detentando sus puestos públicos se dejan llevar por la moda del momento?

Largos años de pacifismo han acarreado, inevitablemente, la rendición de las posiciones occidentales y el fortalecimiento de sus adversarios. Bien se puede hoy hacer un balance en escala mundial de los logros de los principales líderes diplomáticos de Occidente después de treinta y cinco años de esfuerzo sostenido: han logrado el fortalecimiento de la U. R. S. S. y de China Comunista en tantos rubros que sólo las diferencias ideológicas entre esos dos regímenes (diferencias en las que Occidente no tiene absolutamente nada que ver) preserva aún a Occidente del desastre. Dicho en otras palabras, Occidente ya depende, hoy en día, de factores que se encuentran más allá de su control.

Estos diplomáticos todavía hoy se apoyan sobre las precarias hipótesis de un cisma imaginario en el seno del Politburó Soviético entre inexistentes “conservadores” y “liberales”, “halcones” y “palomas”, “Derecha” e “Izquierda”, entre ancianos y jóvenes, malos y buenos... un ejercicio intelectual de increíble futilidad. Jamás en la historia del Politburó se ha encontrado a un miembro del mismo caracterizado por su humanidad o amor a la paz. La burocracia comunista no ha sido constituida como para que personas de ese calibre puedan acceder a la cúspide del poder. Allí se sofocarían instantáneamente.

Pese a todo esto, América continúa siendo alimentada por esta tranquilizadora dieta de amables esperanzas e ilusiones. ¡Algunas esperanzas han sido formuladas en el sentido de que hay

⁵ El Premio Nobel de la Paz de 1971 recayó sobre Willy Brandt, entonces Canciller de Alemania Occidental, por “iniciativas concretas conducentes al relajamiento de la tensión” entre el Este y el Oeste.

una fractura en el Politburó, con una versión en particular que sostiene que en realidad no fue Brezhnev quien decidió la toma de Afganistán! O también algunos expertos han ofrecido su fantástica versión de que "la U. R. S. S. encontrará su propio Viet-Nam", sea en Angola, Etiopía o Afganistán. (Que se queden tranquilos estos expertos y sus lectores, pues la U. R. S. S. está en condiciones en este momento de tragarse cinco otros tantos países, rápidamente y sin atragantarse). Y una y otra vez se nos pide que pongamos nuestra esperanza en la *détente* pese a que se arrasa con otro país más. (Aquí no hay por qué alarmarse ya que, incluso después de Afganistán los líderes soviéticos estarán encantados de restaurar la política de distensión al *status quo ante*... toda una oportunidad para adquirir todo lo que haga falta entre agresión y agresión).

Se sobreentiende que América nunca entenderá a la U. R. S. S. ni tomará conciencia del peligro en que está mientras deposite su confianza en diplomáticos como éstos.

Pero los políticos de tales características se han visto fortalecidos recientemente con los emigrados de la U. R. S. S. que se ocupan de difundir sus espurias "explicaciones" sobre Rusia y la U. R. S. S. No hay ninguno de entre ellos que sea muy conocido por el nombre, pero se ganan un muy pronto reconocimiento como profesores y especialistas en Rusia gracias a su seguro olfato que los lleva a encontrar la clase de evidencia que despierta generalizada simpatía. Son persistentes, muy francos y repetitivos columnistas de la prensa de muchos países y de la más o menos concertada línea de pensamiento que adoptan en sus artículos, entrevistas y aún libros, y que podría resumirse como sigue: "colaboración con el gobierno comunista de la U. R. S. S., y guerra a la conciencia nacional rusa". Mientras estos individuos todavía estaban en la U. R. S. S., generalmente servían a la causa comunista en varios institutos, e incluso algunos eran empleados por algunos años en la mendaz prensa comunista, sin haber voceado jamás oposición alguna. Luego emigraron con visas israelíes, sin ir de hecho a Israel (los israelíes los conocen como "drop-outs"). En cuanto llegan a sus destinos en Occidente, inmediatamente se proclaman expertos sobre Rusia, su historia y espíritu nacional, y la vida del pueblo ruso hoy en día —algo que ni siquiera podían adivinar desde sus posiciones privilegiadas en Moscú. El más enérgico de estos nuevos informantes ni siquiera le reprocha al sistema soviético la destrucción de sesenta millones de vidas humanas o al menos alguna reprehensión, por su ateísmo militante. Homologan su represión integral, en tanto que proclaman a Brezhnev como "pacifista" y urgen abiertamente el máximo apoyo para el régimen en la U. R. S. S. como la mejor alternativa posible para

Occidente. Sin embargo, simultáneamente acusan al movimiento nacional ruso de este tipo de colaboracionismo. El significado de los procesos espirituales contemporáneos que suceden en Rusia son distorsionados para la opinión de Occidente. El público en Occidente es alentado a responder con miedo y aún odio a cualquier renacimiento de la conciencia nacional rusa, un sentimiento que prácticamente ha sido triturado hasta la extinción después de sesenta años de poder comunista. En particular, se ha tratado de vincularlo mediante buscadas y no muy ingeniosas maniobras con el anti-semitismo que el propio gobierno fomenta de modo calculador. Para estos propósitos el pueblo ruso es retratado como nada más que un rebaño de ovejas, completamente incapaz de sacar sus propias conclusiones acerca de su destino en estos últimos sesenta años o de entender la causa de su pobreza y sufrimiento, completamente dependiente de las explicaciones oficiales y, por tanto, bastante conforme con las excusas antisemitas que el gobierno subrepticamente le atribuye. (De hecho, el ciudadano soviético medio tiene una comprensión mucho más aguda de la naturaleza inhumana del comunismo que más de un ensayista o político occidental).

Varios de estos emigrados también campean por los períodos más tempranos de la historia rusa con digresiones algo desinformadas, en conformidad muy próxima a la miopía ya mencionada de la escuela de historiografía americana. De entre los muchos miembros de este grupo, podríamos nombrar aquí a Dimitri Simes, o a Alexander Yanov⁶. Durante diecisiete años enteros, Yanov fue un periodista comunista, leal al régimen, que nunca habló en contra, pero que ahora regala, muy desenvuelto, a sus crédulos lectores americanos, distorsionados retratos de la vida soviética o bien brinca ligeramente sobre la superficie de la historia rusa, evitando cuidadosamente sus principios fundamentales y soplando una pompa de jabón tras otra. Simultáneamente, y en páginas prácticamente consecutivas, Yanov le imputa a la conciencia nacional rusa dos tendencias exclusivas: mesianismo (un invento bizarro) y un aislacionismo que sin ninguna razón aparente, ve como una amenaza para el resto del mundo.

Dado que un retrato hostil y distorsionada de la vieja Rusia ha sido tradición en la escuela historiográfica americana, semillas como éstas son capaces de rendir frutos venenosos.

⁶ Dimitri K. Simes, fue, hasta 1972, miembro del *Institute of World Economy and International Relations* en Moscú. Emigró luego y actualmente se desempeña como Director de Estudios Soviéticos en el Centro para los Estudios Estratégicos Internacionales dependiente de la Universidad de Georgetown en Washington D. C. Es el autor de *Detente After Brezhnev* (1977) y de *The Russian New Right* (1978).

Los esfuerzos de estos informantes tendenciosos se han visto reforzados y complementados a lo largo de estos últimos años por una cantidad de artículos escritos por periodistas norteamericanos y en particular por los corresponsales en Moscú de los grandes diarios norteamericanos. La esencia de esos artículos es un poco más de lo mismo: la grave amenaza que significaría para Occidente el renacer de la conciencia nacional rusa; una desfachatada costumbre de hacer caso omiso de cualquier distinción entre la Ortodoxia Rusa y el anti-semitismo (cuando no se sostiene directamente que los dos son idénticos, se los yuxtapone en frases y párrafos consecutivos); finalmente hay una teoría extraordinaria según la cual las fuerzas en alza de la conciencia nacional y religiosa y los declinantes y cínicos líderes comunistas no tienen sino un solo sueño: fusionarse en alguna suerte de "Nueva Derecha". La única duda es, pues, ¿qué ha impedido hacerlo a lo largo de todos estos años? ¿Quién lo prohíbe? La verdad del asunto es que los círculos religiosos y nacionales en la U. R. S. S. han sido sistemáticamente perseguidos con la fuerza total del Código Penal.

A primera vista impresiona la detallada coincidencia de los informantes emigrados y los corresponsales americanos: si dos fuentes independientes informan una y la misma cosa, pues entonces debe haber algo de cierto en todo eso. Pero debe tenerse en cuenta las circunstancias bajo las cuales operan en la Unión Soviética los corresponsales occidentales: la auténtica vida soviética, especialmente la vida en las provincias y distritos rurales, se encuentra escondida detrás de una pared impenetrable; cualquier viaje realizado fuera de la ciudad es puramente cosmético, y son cuidadosamente escenificados por la K. G. B.; más aún resulta extremadamente peligroso para cualquier ciudadano soviético entablar conversación con un extraño, salvo con consentimiento de la K. G. B. Es típico en este sentido la confesión de Robert Kaiser cuando admite que durante sus cuatro años de corresponsalía en Moscú para el *Washington Post* no oyó la más mínima referencia a la masiva sublevación de Novocherkassk en 1962⁷. El corresponsal occidental confía para su información en lo siguiente: un cuidadoso estudio de la vacua y estéril prensa oficial; comentarios "off the record" y especulaciones de los diplomáticos occidentales (¡las fuentes coinciden!); y encuentros casuales con representantes de nivel medio de la élite soviética (pero como material humano éste resulta demasiado endeble y de poco fiar como para merecer atención). Su fuente principal, sin embargo, son las conversaciones que sostienen

⁷ Sobre la sublevación de Novocherkassk, véase *Archipiélago Gulag*, vol. I.

con aquellos pocos moscovitas que ya han violado de manera irrevocable la prohibición de confraternizar con extranjeros; generalmente son los representantes de los mismos círculos a los que pertenecían los emigrados informantes a los que ya hice referencia. Son la fuente principal utilizada en los estridentes y ominosos artículos sobre la amenaza mundial que representa el nacionalismo ruso. Este es el modo como algún panfleto anónimo y antisemita, encontrado en algún pórtico moscovita, llega a la prensa occidental donde se lo inviste de significación universal. Pero también explica por qué las fuentes coinciden tantas veces: se forma una imagen del mundo que concuerda con su reflejo en un solo cristal. En física esto se conoce como error instrumental sistemático.

Pero cuando alguna información apunta en una dirección diferente, cuando no se alinea con lo que busca la prensa occidental en Moscú, pues, entonces, simplemente se la suprime. Un caso que viene a cuento de esto es el importantísimo reportaje que le concedió Igor Shafarevich a Christopher Wren en *The New York Times* y que sin embargo no se publicó en la prensa occidental. Del mismo modo los académicos occidentales y la prensa de Occidente han estado ignorando sistemáticamente al *Heraldo del Movimiento Ruso Cristiano* (*Vestnik Russkogo Khristianskogo Dvizhennia*), un diario que se edita en París y que ha estado apareciendo desde hace medio siglo; sin embargo el diario tiene gran popularidad en círculos cultivados y de hecho se publica con su directa participación. Establecer conocimiento con este diario le daría a los comentaristas occidentales una visión completamente diferente, muy distante de los horrores que insisten en describir.

Sólo esta ausencia de opinión formada puede explicar la distorsionada versión que sostiene que el mayor problema de la U. R. S. S. es la emigración. ¿Cómo puede acaso concebirse que se reduzcan los problemas de cualquier nación importante a la sola cuestión de quiénes pueden irse de ella? Aquí y allá en las provincias rusas (Perm fue ejemplo reciente) huelgas de muchos miles de famélicos obreros han sido dispersadas por la fuerza de las armas (incluso ha sido necesario que comandos paracaidistas fueran arrojados sobre los techos de la fábrica). ¿Pero está Occidente lo suficientemente alerta como para darse cuenta de todo esto y reaccionar? ¿Y qué del ambicioso proyecto que actualmente está desarrollándose y que se calcula que terminará dentro de diez o quince años, un proceso que amenaza la existencia misma del pueblo ruso? Apunta a nada menos que a la destrucción final del campesinado ruso: los ranchos y pueblos son destruidos, los campesinos son reunidos en monoblocs según el modelo industrial, los lazos con la tierra son cortados, las tradiciones

nacionales, el modo de vida nacional, aparentemente incluso los paisajes rusos y el carácter del pueblo... todo está desapareciendo para siempre. ¿Y qué reacción hay por parte de los medios occidentales frente a este asesinato en masa, a esta masacre del alma del pueblo ruso? ¡Ni siquiera lo han notado! En la primera revolución (1917-1920) la daga curva de Lenín hirió la garganta de Rusia. Sin embargo, Rusia sobrevivió. La maza de Stalin (1929-1951) hizo lo que pudo para tumbar a Rusia y hacerle morder el polvo. Sin embargo, Rusia sobrevivió. La tercera y última revolución está en marcha, irrevocablemente, con el *bulldozer* de Brezhnev empeñado en borrar a Rusia de la faz de la tierra. Y en este momento, mientras la nacionalidad rusa es destrozada sin piedad, los medios occidentales arman un gran alboroto y dan voces de alarma sobre el último y más actual de los peligros... la conciencia nacional rusa.

1951 (1951) 1. 1. 1. 1.

(Continuará)

ALEKSANDR SOLZHENITSYN

Traducción: Sebastián Randle

FUNDACIÓN
GLADIUS